

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO,"

¿QUE SERA?

A Victor M. Rendón.—Paris.
—Cuando en las selvas, al mediar el día,
Reina el silencio, que interrumpe apenas
Un vuelo de ave, entre las sombras llenas
De fragancias y agreste poesía...

—Cuando en la noche azul, casi sombría,
Las pupilas, de afán vulgar apenas,
Contemplan entre ansiosas y serenas,
Del cielo la admirable pedería...

—Parece que en sutil vago misterio
Se velan bosque y cielo; en un letargo
O hechizo, a toda conciencia esquivo...

—Y es como una tristeza, un algo serio,
Que en si nada es, quizás Y, sin embargo...
Yo quedo mucho tiempo pensativo.

Juan ILLINGWORTH.

LA APUESTA

En una de mis juveniles giras veraniegas, llegué, hace ya bastantes años, me dijo Delfín de las Peñas, al balneario de Aguas Buenas. No existía entonces la línea férrea por la que hoy corre el tren desde la hermosa cuna de Enrique IV, el Bernad, hasta Lardes, cabecera de cantón en el pintoresco valle de Ossau. Los cuarenta y cuatro kilómetros, que separan Pau de Aguas Buenas, forzoso era recorrerlos a caballo, en diligencia o como lo hice, en coche particular. Aunque diez a doce mil personas, atacadas del pecho o de la garganta las más, noveleros turistas las menos, lo frecuentaban ya anualmente de junio a octubre, este sitio termal no procuraba las diversiones que la juventud sana y alegre, al acompañar a deudos enfermos, busca y halla en los elegantes casinos de otras ciudades. Las veladas transcurrían tristes y monótonas en Aguas Buenas, aún en sus principales fondas, que en aquellos tiempos eran el hotel de los Príncipes y el hotel de Francia, separados por la plaza en cuyo seno circundado por la nevada elinada vía de carruajes, se extendía el pequeño jardín Darralde, centro de reunión de los banistas a toda hora y, principalmente, cuando la banda municipal toca allí en su quiosco.

Me hospedé, continué diciendo Delfín, en el hotel de Francia y, la primera noche, como a nadie conocía allí, procuraba, leyendo los diarios desplegados sobre la mesa del salón, matar el tedio de mi aislamiento en el seno de distinguida sociedad. Gran sorpresa experimenté súbitamente al ver que entraba a saludar a unas señoras el más simpático de mis amigos madrileños, Pepito Donoso, Marqués de Maravillas. Bien calavera era, pues, en sus veinticuatro años, mientras le llegaba el día de ostentar la Grandeza de España, rápidamente anticipadamente la cuantiosa herencia paterna, conservando, eso sí, las distinguidas maneras en sus

mil diabluras. Al mirarme, corrió a darme un abrazo.
—¡Tú, aquí!—exclamó.—¡Peregrina ocurrencia la tuya! ¡Llegar, bueno y sano, a esta altura para exponerte al contagio del más malvado de los bacilos! ¡A qué has venido! Igual pregunta te haré a ti que vendas salud. Me halló de paso, en una rápida recorrida de los Pirineos.
—Yo, chico, me estoy aburriendo soberanamente en esta antecala del cementerio; pero ¿qué quieres? Pues una bronquitis y para acabar de fortalecerme, el médico me recetó estas aguas. Me he visto obligado a beberlas por complacer a mis padres. Pasado mañana (gracias a Dios) termina el tratamiento y, en seguida, pierdo de vista estos tenebres parajes.

—No exageres, Pepito, al edificarte así. La naturaleza brinda aquí muchos halagos.

—Eso será para los poetas como tú. No comulgamos en la misma parroquia. Necesito vivir siempre en un ambiente alegre y entre gente divertida.

—Y aquí careces de elementos para cometer alguna de tus calaveradas. ¿Cuidado serás juicioso? —Menos que nunca en este lugar donde, viendo cómo siega la muerte implacablemente a tantos seres jóvenes, opino que urge gozar de la vida lo más posible mientras hay salud y pesetas.

—Y, para gozarla en este balneario, echas de menos las diversiones de un casino.

—Quisiera verte, con toda tu serie dad, obligado a pasar en Aguas Buenas una temporada de veintidós días, que es a lo que sentencian estos médicos franceses a sus víctimas. ¡Qué abuso! ¡Claro! En las caldas de España, con nueve baños basta y sobra para que el paciente, según le convenga y Dios disponga, se alivie o se muera. Para evadirte de este presidio, a donde no llega ni una mala compañía de drama o de zarzuela, no aguardarías el término de la condena tú que, en Madrid, no perdonabas un

estreno. Pero, ahora que recuerdo buena suerte la tuya! En la gaceta local anuncio que llegará mañana al hotel de los Príncipes, en el que estoy parado, un célebre prestidigitador y espiritista, Monsieur Renard, con su médium, la notabilísima Flora. Dará a las nueve de la noche, una representación en la sala del hotel. No hay que perder tan excepcional ocasión de bostear un poco. Vente a comer conmigo y, luego, nos dejaremos alucinar por esos hechiceros.

Acepté el convite y, a la hora fijada, acudí el día siguiente al hotel de los Príncipes. A la mesa de Pepito sentáronse conmigo dos de sus compañeros de fonda, que me presentaron, el parisiense Martel y el inglés Scott, cuyos semblantes revelaban los estragos causados en los respectivos organismos de ambos por el abuso de los placeres de la juventud. No dejó nada que desear la exquisita comida durante la cual se produjo el champagne. A las nueve principió la función y, realmente, resultaron muy hábiles los ilusionistas. Era una lucida pareja: joven y simpático él; guapísima morena ella, de vivos ojos negros y boca risueña, de gracioso cuerpo que lucía un rico traje bordado de lentejuelas, sin mangas, de amplio escote y faldas cortas, menos, sin embargo, que las que hoy gastan las muchachas de aquellas que se ofenderían si no se las llamase señoras o señoritas decentes.

Desde que se presentó la insigne Flora ante el selecto público, Pepito manifestó el más vivo entusiasmo. Sus ruidosos aplausos y los floridos conceptos expresados en voz alta no pasaron desapercibidos de la hermosa artista. En la venta, que hizo ella, de los boleros para la rifa de insignificantes objetos, compró Pepito el mayor número y mereció así muy expresiva mirada y dulce sonrisa de la beneficiada. Al terminarse la función, nos obligó a los tres a acompañarlo para felicitarla, al par que a su compañero, lo que hizo efusivamente. Con exquisita galantería se dio mañana para que, poco después, en el restaurant, libráramos los cuatro el champagne en unión de la salafísima Flora y del discretísimo Monsieur Renard. Se retiraron ambos finalmente y Pepito, que parecía completamente chiflado por los encantos de la hechicera, exclamó:

—Amigos; quiero hacer ver a ese Renard que más hábil en juegos de manos soy yo que él. Apuesto mil francos a que le escamoteo a su compañera.

—No desateses, Pepito,—le dije,—y vamonos cada cual a nuestra cama, que muy mala opinión mereceré del portero de mi hotel al recogerme tan tarde.

—No es posible, señores, que ro haya ni uno de vosotros capaz de apostar conmigo,—insistió, con la tenacidad del que persigue una idea fija al calor del juego de la uva.

—No apuesto porque es ganancia segura para mí. Hará usted el ridículo al no lograr su desenhallado propósito,—le contesté, algo impertinente el francés.

—Confiese, compañero, que por miedo de perder su dinero, no se atreve a arriesgarlo,—replicó Pepito, lanzando una carcajada.

—Van los mil francos,—profrío tranquilamente Scott, picado en su amor propio, sobre que, como buen inglés, se despreciaba por todo lo exotérico.

En vano procuré disuadirlos de tan escabrosa majadería. Quedó pactado que, para ganar la apuesta, Pepito debía, en el término de cuarenta y ocho horas, hacer la jaguareta a Monsieur Renard y presentarse públicamente con la bellísima Flora a su brazo.

Convencido de que, al disiparse los humos del rubio licor, comprenderían Pepito y el inglés que no debían persistir en la inaudita locura, salí tem

prano a la calle, la mañana siguiente, en busca de mi amigo, al que alcancé a ver, apuesto jineté en brioso caballo, galopando detrás de la diligencia que llevaba a Pau al prestidigitador y a Flora.

—Va ese Tenorio en busca de un mal lance?—dije para mis adentros, "porque ahora sí no me cabe duda de que fue seria la apuesta".

Trascurrió ese día y gran parte del siguiente sin que por ningún lado asomara Pepito. Pocos horas faltaban ya para que ganara o, más probablemente, perdiera la suma. A las cinco de la tarde me hallaba con Scott y Martel entre los banistas congregados al rededor del quiosco municipal y muy seriamente me dijo el inglés:

—¡Ah right! El billete de mil está pronto en mi cartera.

—Como si lo viera, y de ello me alegro, porque estos petulantes españoles creen todos tener sangre del baridador de Sevilla.

—Calmate y paciencia, señores,—les replicó vivamente.—Consideren que aun no han sonado las doce de la noche, hora en que el ganancioso será... ¿quién sea?

Al principiar la orquesta a regular los oídos con una selección de "La Favorita", sonó, creciedo progresivamente, el ruido de un coche que se acercaba viniendo por la carretera de Pau y, en breve, apareció un landó abierto. Iba tirado por cuatro caballos, y éstos, agitados los cascaños de sus jaeques y excitados por los esquisitos del látigo de un auriga en traje de postillón, subieron a escape por la rápida cuesta. Dando la vuelta en el jardín fue a detenerse al pie del hotel de los Príncipes el aparato vehicular en que se exhibían, risueños, a las miradas de los banistas de Aguas Buenas pasados de tanta desvergüenza, Pepito Donoso y la hechicera Flora.

—¡Mavens! fue el estandarte promovido en el estrecho círculo social, alojados en la fonda pusieron al presente en la obligación de retirar las habitaciones a Pepito desde la mañana siguiente. No hubiera habido hotel que "consiguiera" en recibir a la llamativa pareja al no optar ésta por regresar inmediatamente y, en el mismo coche, después que, cobrados los mil francos, Pepito, dejándose con la curiosidad de saber los medios de que se valió para escamotear a Flora y con la preoconpción de una posible venganza de Monsieur Renard, se limitó a decirme:

—Antes perder la vida que la apuesta para que no triunfara un hijo de la pérdida Albión de un hidalgo de Castilla.

Durante los quince días que tardé en terminar mi gira, recorrí ávidamente los periódicos y, al ver que no publicaban la noticia de ningún drama sensacional relacionado con la picaresca aventura de Pepito, supuse que el prestidigitador había sido de buena pasta y, tranquilo acerca de mi amigo, llegué a Biarritz. Por la noche me dirigí hacia el teatro que en aquellos tiempos existía detrás del Gran Casino. ¡Oh indecible asombro! cuando vi que la función anunciada la daban el inimitable prestidigitador e ilusionista Monsieur Renard y su médium, la prodigiosa Flora.

—¡Qué pronto substituyó ese astucioso Renard a la fugitiva cuyo nombre presenta a su nueva compañera para engañar en el cartel al público!—murmuré, sin pensar ni un instante que ésta y aquélla pudieran ser la misma y única Flora. Lo era, sin embargo, como, aún más estupefacto, lo comprobé apenas se presentó ella en el tablado y, dividiéndose en una butaca de primera fila, maliciosamente me sonrió.

Al terminarse el espectáculo, agardé en la puerta del teatro a los artistas que, lisa y llanamente, enal me tendieron la mano, aceptaron mi

invitación a cenar en el casino. En cuanto sirvieron el champagne, después de una breve charla cordial, pero insulsa, durante la cual refrené la impaciencia de mi lengua para que no hiciera la menor alusión a lo que presencié en Aguas Buenas, Monsieur Renard, con espontánea franqueza me dijo:

—No debo tardar más tiempo en satisfacer la curiosidad que leo en sus miradas. Desde luego, tranquilícese. No ha corrido ningún peligro su amigo. Verá usted al Marqués, cuando quiera, conquistando corazones en la cuneta de San Sebastián. Le confesaré que no resistí al halago de los mil francos prometidos, y luego abonados, por don Pepito con tal que, prestándole a Flora por veinticuatro horas, le hiciera ganar la apuesta. Nuestro arte nos da apenas con qué no morirnos de hambre y fue tan escaso el producto de la función en el hotel de los Príncipes. Sirvan estas circunstancias para atenuar la severidad de su juicio acerca de mi conducta.

Como yo callaba desconcertado por la condescendencia venal de ese hombre y la pasiva sumisión de esa mujer, Monsieur Renard agregó:

—Además, crea usted que, si al fin consentí, fue por que me dio palabra el Marqués de tratar en la intimidad a mi compañera con el mayor respeto.

Miré a Flora y vi rápidamente asomar y desaparecer una sonrisa en los encarnados labios de la hechicera. Malicié entonces que bien pudiera haber resultado, cual lo pretendió; más listo que Monsieur Renard en juegos de manos, pases mágicos y comunicaciones espiritistas, mi imponderable amigo, el muy tunante Pepito Donoso, Marqués de Maravillas.

Victor M. RENDÓN

LOS CARMENES DE GRANADA

¿Quién plantó en España la primera flor, transportándola del campo del Arte? Seguramente fue la mujer y, sin duda, la mujer del pueblo. La primera flor que brilló en la maza de una ventana fue el primer jardín español; y la primera maza que la cuidó solícita, fue la que hizo ese primer milagro.

En los cármenes de Granada debieron de nacer nuestros jardines, los más bellos, los más sencillos, los más floridos de la tierra. Los cármenes de Granada no son clásicos, ni románticos, ni primitivos, ni modernos. Heredaron su carácter de los árboles, y tienen su tradición y estilo propios. Pequeños y como ocultándose a sí mismos, entre la espesura, sin gran pompa exterior, cruzados de senderos, de hojas, en recodos imprevisos, sugieren anhelos de recogimiento y guardan el encanto oriental de los jardines soñados, de patios convertidos en leyenda escrita de inscripciones moras trazadas con árabes y flores. En medio de jardines y con miras en que convergen los senderos floridos, se alzan las glorietas, tráfago de la arquitectura árabe, de delicada simetría, con sus estalactitas de follaje en las bóvedas verdes; con sus troneos tupidos y rectos como columnas y alminares, y sus arcos superpuestos como en las mezquitas. Bajo su fronda, en el cruce de dos veredas, un hilo de agua fluye a ras del suelo, se matiza con toda la gama de la espesura, y se vierte en el mármol de un surtidor. A lo largo de las sendas se tienden los arcos de ciprés, como una guirnalda en perspectiva, como la nave de un templo encantado. A ambas orillas se afinean correctamente los mazoicos de boj, y acá y allá se agrupan las flo

EN EL TEMPLO BIZANTINO

Una luz débil de melancolías se filtraba a través de los cristales, bruidiendo entre los paños funerales relieves de pasión y de agonía.

Sobre la muchedumbre difundida el órgano sus llantos musicales, y el incensario alzaba en espirales un aroma de ausencia que oprimía...

Frailes de buen latín y rostro seco plañían con voz agria desde el coro a un cortejo tristísimo, del Greco.

¿Dónde buscar la calma apetecida?... sentí ansias de vagar... Y oí en el lloro de la fuente un resposno de la vida!

Humberto FIERRO.

res en artístico abandono, con poético desdén de nobleza arruinada, de jardín melancólicamente florido, donde crecen las plantas felices con el amor del pueblo que las cultiva, sin torturarias en sus antojos y veleidades.

Y es que para los hijos de Granada, los cármenes constituyen un culto, y las flores una necesidad espiritual. Allí las mujeres andrajosas imploran la caridad pública con flores en la cabeza; allí los pisos más pobres se convierten en invernadero por amor a las plantas; y allí, sólo allí, permanecen las puerias abiertas de par en par a las enredaderas que brotan en los jardines y florecen en el interior de los hogares, como una bendición de Dios. Las familias de menos recurso transforman en cermen el balcón y la ventana. Son como ojos abiertos en las blancuras de las viviendas bañadas en azul del cielo, y las rejas prisión de amores, por las que se desbunda, entre el color y el perfume, la alegría de las gentes más humildes. En las ventanas más pequeñas, menudas para la luz indispensable, no falta nunca una muqueta con flores que la cierran casi por completo, y el trueque en aroma para el alma el aire robado a la vida. Hasta por los grandes balcones la luz penetra a duras penas entre las hojas en que se refleja al pasar. Y en lo alto, bajo los aleros, como barcos parados junto a las nubes, las galerías voladoras se rinden al agobio de las rosas y los claveles. En el Albaicín no hay una sola casa sin un cermen, adosado a los muros. Por pequeño que sea el huerto, por oculto y rodeado de edificios que esté siempre hay una tapia, un rincón, junto a la alberca o al brocal de un pozo, para que las mactetas, el emparrado y los mirtos hagan olvidar con su poesía la prosa de tales lugares. Existen huertos tan diminutos, que sólo pueden contener el tronco de un ciprés corpulento; tan angosto, que no les es posible gozar de su propia sombra y han de esparcir en los cármenes vecinos, veteles que con un puñado de tierra sustentan enredaderas y mazorcos de flores bastantes a alegrar toda una casa. A orillas del Darro se

ensanchan los jardines, y en el mayor de la Alhambra, se convierten en verdaderos parques, que pierden en intimidad lo que ganan en extensión. Y por todos lados, en las laderas y en la llanura, sus altas frondas basan las tapias o se pierden en la lejanía de la vega admirable. A los cármenes debe Granada la gloria de ser la ciudad más florida de la tierra. Plantados entre el mismo casorio, los cármenes son algo de su propia existencia, algo que es como la perfume de alegre melancolía de aquel gran pueblo vetusto.

Santiago RUSINOL.

REMATE VOLUNTARIO

El día diez de enero del año de 1920, a las cuatro de la tarde se llevará a cabo el remate voluntario de una casa, solar y garaje y covacha, de propiedad de los herederos de Dolores Cabrera, con frente a la calle de Bolívar No. 739 y a la de Feo: de P. Icaza No. 742 avaluada en diez mil ciento ochenta y un sueres diez centavos. El remate tendrá lugar en los bajos de la casa de los herederos de don Francisco Coronel, frente al zaguán, calle de Aguirre número 206 ante el Alcalde 35. Cantonal. Guayaquil, Dbre. 24 de 1919

El Escribano.

J. A. MOREIRA.

Ocasión

Se vende una casa que produce buen interés, situada en las calles Industria y Manabí No. 215. Para menores entenderse con el suscrito que vive en la calle del Morro entre Aguirre y Luque o en el Salón Niza, en la calle Chandy entre Vélez y Luque durante la noche.

Santiago MERIZALDE V.

EXULTACION

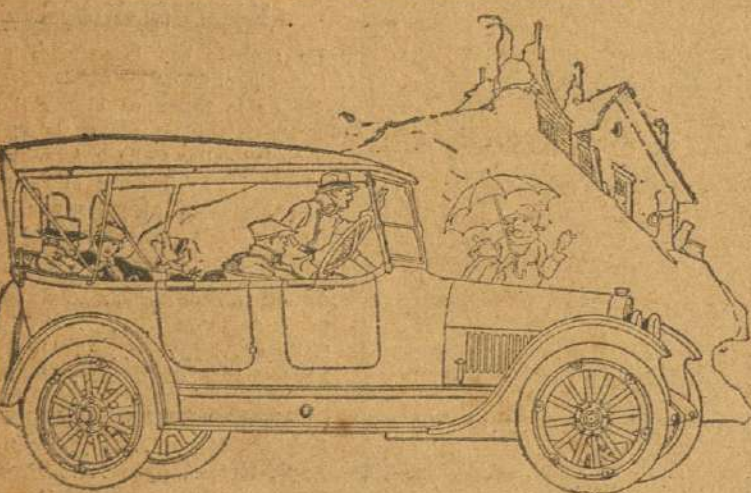
Desgañó el corazón una aciaga vendimia. El cisne interrogaba a la Quimera muda. Para el número demente, ciego a la gracia eximia, Venus era una pálida Sensualidad desnuda.

Pero en óptima aurora, tu lilialismo agreste velado en un ingenio perfume de duraznos floreció. Tu blancura era una luz celeste que intelectualizaba los ojos de los asnos!

Tu sangre—azul fragancia—exultó mis rosales. Por tí rosa de sol de mi jardín oscuro, se enarizan de luceros mis silencios mentales. ¡Retoñe el corazón en lado Cruces comovido.

Carlos BUSTAMANTE.

BUICK



El motor BUICK con válvulas al tópe es la causa principal de la superioridad del automóvil BUICK, desarrolla velocidad y potencia que satisfacen al Sportman más exigente, con un minimum de gasto en combustible.

Como los demás componentes del carro BUICK, su motor es el resultado de muchos años de experiencia y de experimentos, y así como las válvulas al tópe es la característica del más alto desarrollo en los motores para automóviles, así cada parte del carro es lo mejor en su género.

J. G. WHITE COMMERCIAL Co. Ltd.

FONDOS PARA OBRAS PUBLICAS EN EL ORO

IMPUESTO A LA EXPORTACION DE MANGLE

EL CONGRESO de la República del Ecuador,

Decreta:

Art. 10. Autorízase a la Municipalidad de Machala para que pueda cobrar el impuesto de cinco a cuarenta centavos por cada pieza de mangle que se extraiga de las costas de la provincia de El Oro y que se destine a la exportación.

Art. 20. El producto de este impuesto se aplicará al fomento de las obras públicas del cantón y que estimen conveniente el expresado Municipio.

Art. 30. Las Municipalidades del Pasaje, Zaruma y Santa Rosa quedan autorizadas para cobrar el mismo impuesto de cinco a cuarenta centavos por las piezas de madera que se extraigan de los bosques de sus respectivos cantones para su exportación. El producto de este impuesto será invertido en las obras públicas que cada Municipio determine.

Art. 40. Este Decreto comenzará a regir desde su promulgación. — La Municipalidad respectiva expedirá las ordenanzas reglamentarias correspondientes.

Dado en Quito, Capital de la República, a quince de Octubre de mil novecientos diez y nueve.

El Presidente de la Cámara del Senado, J. Burbano Aguirre. — El Presidente de la Cámara de Diputados, P. Villagómez. — El Senador Secretario de la Cámara del Senado, Enrique Bustamante L. — El Secretario de la Cámara de Diputados, Francisco Pérez Borja.

Palacio Nacional, en Quito, a diez y siete de Octubre de mil novecientos diez y nueve.

Ejecútese. — A. BAQUERIZO M., El Ministro de lo Interior, Municipalidades, etc., José María Ayora.

Es copia. — El Subsecretario de Gobierno, Nicolás Jiménez.

Dr. Luis de Janon J.

... Médico y Cirujano ...
— Está nuevamente a disposición de su clientela en su mismo Consultorio calle de Colón, entre Chile y Chimborazo. Teléfono 1603.
Consultas de 1 y 3 p. m.
Gratís de 2 a 3.

¡A los ganaderos!

Ofrezco a todas las personas que interesen mejorar su cría de ganado vacuno, venderles toreros finos de razas Angus y Dorset.

Para pormenores, dirigirse al suscriptor propietario en Esmeraldas. José Saavedra. Esmeraldas, diciembre 10. de 1919.

Hemos recibido

Phosphatine Fallières, Cereálose, Neurosine Prunier Termómetros Postum Laval.

S. ZENCK y Co.

BOTICA DEL SUR



¡Olvido imperdonable!

Al hacer su fatídica predicción al insigne Porta, se olvidó de anunciar que no sucedería nada, debido a que estaba en viaje con destino a la Librería Guayaquil, un gran surtido de libros profanos y religiosos de toda clase, maños, y calcamánias de toda clase, libritos y pliegos; así como lindísimas tarjetas bordadas, para PRIMERA COMUNION.

Aonda hoy mismo, a la "Librería Guayaquil" de José L. Acevedo; Avenida 10 de Agosto 310.

A. E. Alvarado Vargas

Acaba de recibir por el último vapor: Un gran surtido de cujas de metal y de hierro esmaltado, estilos modernos. Motores eléctricos "Hamilton—Beach", para máquinas de coser, de cualquier marca. Molinillos eléctricos "Steel—Kut", para café. Ventiladores eléctricos "Cyclone", de 8 pulgadas, para escritorio.

Precios sin Competencia

Oficina: Chimborazo No. 1219, entre Vélez y 9 de Octubre.